

## [DE RUSTICIANO SUBDIÁCONO.]

### ADVERTENCIA AL SIGUIENTE SERMÓN.

Este sermón fue extraído del códice de Celles por Jerónimo Vignier y lo incluyó en el segundo tomo del suplemento agustiniano que él mismo compiló, sin dudar en absoluto de que realmente fue pronunciado por Agustín, y de hecho, como el primero de los sermones que el Beato Obispo dirigió al pueblo después del fallecimiento de su predecesor Valerio. Sin embargo, para no detenernos aquí en el análisis del estilo, que no parece tener suficiente gravedad y dignidad, ni el modo de expresión completamente agustiniano, ciertamente el sermón mezcla y confunde dos historias, una de un diácono de Mutugenna y otra de Rusticano (o, como está escrito en un ejemplar antiguo, Rusticano), que por el tiempo y otras circunstancias se prueban muy diferentes. Pues en primer lugar, ese Rusticano que en este sermón es llamado diácono de Mutugenna, y que, habiendo desertado de la Iglesia católica hacia los donatistas, se dice que fue rebautizado por Macrobio y hecho diácono; él, digo, se indica por muchos indicios que es el mismo que el diácono de Mutugenna rebautizado, por cuya causa Agustín escribió la carta 23, sin mencionar el nombre del diácono, a Máximo alrededor del año 392 d.C. Aunque también se leen aquí no pocas cosas que no le conciernen en absoluto. Pues en el tiempo en que ese diácono fue recibido por los donatistas, Agustín aún era presbítero, como se desprende de la misma carta 23. Pero el autor del sermón en el número 3 testimonia que en el mismo inicio de su carga se esforzó por colocar en un lugar seguro a quien veía precipitarse al abismo. No se puede decir que el término carga indique aquí el presbiterado de Agustín, ya que el predicador dice allí que no quería que se le sustrajera en el mismo inicio de su carga a quien desde hacía mucho tiempo veía caer como un rayo del cielo. Pues Agustín no residía en Hipona mucho tiempo antes de su presbiterado. Y no solo el autor supone que este diácono no cayó sino desde el tiempo de su episcopado (que Agustín asumió mientras Valerio aún vivía), sino que también en este sermón, aunque fue pronunciado después de la muerte de Valerio, habla del lamentable caso de ese diácono como de un asunto completamente reciente, dice en el número 3: Mientras lloramos al pastor arrebatado, nace la ocasión de lamentar al hermano perdido. Menciona en el número 6 a Feliciano y Pretextato, quienes ya habían sido recibidos por los donatistas junto con aquellos a quienes habían bautizado: lo cual no ocurrió sino en el año 397.

Se añade a esto que en el mismo asunto aquí en el número 5 se refieren las palabras de la carta 107, escrita a Agustín por Teodoro y Máximo: palabras que ciertamente se refieren a otra causa, a saber, la de Rusticano subdiácono, quien igualmente desertó de Agustín para ser rebautizado por Macrobio; en cuya ocasión Agustín le dio la carta 108, alrededor del año 409. Y de hecho, se entiende que el caso de este subdiácono Rusticano no ocurrió sino después de las leyes de Honorio contra los donatistas, es decir, después del año 405. Sin embargo, nadie, creemos, intentará extender la vida de Valerio hasta entonces, ya que ve que Agustín desde el inicio de su episcopado nunca menciona a Valerio, excepto en las cartas 31 y 33 que sin duda escribió alrededor del año 396: tampoco es verosímil que este diácono, si es el mismo que ya vacilaba desde el principio del episcopado de Agustín, no cayera sino una década después. Además, algunas cosas son presentadas por el predicador como si fueran de la carta agustiniana a Macrobio, que no están en ella, sino expresamente en la carta 23 a Máximo.

Omitimos en silencio otras cosas que hacen dudoso este sermón, como cuando en él el predicador alaba al mismo que en el número 4 proclama como un hombre disoluto y depravado, llamándolo soldado del Señor y vaso de honor en el número 3. Cuando juzga que la repetición del Bautismo es más lamentable porque ese desertor de la Iglesia también fue hecho diácono por los donatistas: cuando urge a esos herejes rebautizadores con el ejemplo

del Bautismo de Primiano: y además nombra a Máximo y Teodoro, quienes en la carta 108 de Agustín son llamados hijos y hombres honorables, sin ninguna testificación de honor. Usa en el número 1 la palabra Omen, que en el libro 1 de las Retracciones, capítulo 1, es desaprobada por Agustín. Finalmente, aquí en el número 4 habla de la acción de Primiano como si fuera un asunto conocido por todos, de la cual, sin embargo, en ese sermón aún no había dicho palabra al pueblo.

#### SERMON ATRIBUIDO A AGUSTÍN SOBRE RUSTICANO SUBDIÁCONO REBAUTIZADO Y ORDENADO DIÁCONO POR LOS DONATISTAS. (C,G,S)\*

1. Aún afligido y dolido, hermanos, me presento ante vuestra Santidad: pues no he podido digerir el dolor del caso pasado (¿diré mío, diré vuestro?). Tres veces he intentado suministrarles la palabra de la que soy deudor; tantas veces mis lágrimas y las vuestras han suprimido mi voz al intentarlo: y no he podido expresar mejor las preocupaciones que me oprimían que con la abundancia de lágrimas. ¿Qué se hará entonces? ¿Nunca se pondrá límite a mi duelo, nunca al vuestro? ¿Cuántas veces me verán entrar, no cesarán de golpear sus pechos y dar gemidos? ¿Cuántas veces los vea congregados, iré a las lágrimas y suspiros? El tiempo de llorar (Ecles. III, 4), tanto para mí como para ustedes, lo han circunscrito las palabras divinas. No me dolió cuando los vi llorar (y a la memoria de Lázaro lloró el Señor Jesucristo; y los judíos que lo veían llorar dijeron, ¡Miren cómo lo amaba! [Juan XI, 35, 36]); más bien, si hay algo en las lágrimas que pueda ser agradable, si algo grato puede haber, lo recogí de ustedes: decía dentro de mí, ¡Miren cómo lo amaban!; quienes seguían al padre con tanto afecto, darán el mismo al hijo, que se ha convertido en su padre; harán heredero de la carga al heredero del amor; quien sucede en el honor, sucederá también en la caridad. Es un buen presagio al entrar ver en las ovejas las señales del antiguo amor hacia el pastor. Se hará la transferencia del amor a aquel a quien se le ha hecho la transferencia de las preocupaciones: y aunque el pastor cambie, no dejarán de amar a quien debe pastorear las ovejas, cuya voz escucharán, y quien, con Dios como testigo, con la conciencia como testigo, está preparado con la ayuda del Señor para dar y sobreabundar su vida por las más pequeñas de las ovejas.

2. Si hay alguna razón para dolerse, para llorar; toda es mía, no de ustedes, no de aquel cuyo deseo nos toca. Él está libre, yo atado; ha recorrido el estadio, yo corro. Está en la patria, de donde soy peregrino: las preocupaciones que dejó, las ha depositado en mi seno. Mantuvo bien el timón, de mí no sé qué será: él ha llegado a puerto, yo fluctúo. Desde la orilla ve el mar airado, las furiosas tempestades: clamo en medio de las olas, ¡Sálvanos, perecemos! (Mat. VIII, 25). Y verdaderamente perecemos, y verdaderamente el peligro nos apremia, y verdaderamente mi cabeza empuja, no solo mi peligro, sino también el de ustedes; pues sin ustedes no puedo estar a salvo. La pérdida de sus almas es mía. Todo lo que se pierde para mi Señor de ustedes, se pierde para mi peligro: he de rendir cuentas, piel por piel (Job II, 4). Tengo un Señor misericordioso, pero un contador riguroso: cuenta sus ovejas diariamente, las tiene inscritas en sus manos, exige el número, que si no lo devuelvo, se crea un gran peligro para mi cabeza. Vean, hermanos, si considerando mi carga puedo contener las lágrimas, si no debo dolerme por mi grave carga. Alivien mi peso; su caridad hará más llevadero lo inmenso: y con la ayuda del Señor, tanto el pastor como las ovejas encontrarán pastos, y después de haber reposado al mediodía, se recostarán con Abraham, Isaac y Jacob (Mat. VIII, 11), donde no habrá sol, ni calor alguno (Apoc. VII, 16), sino en la sombra del Señor paz y refrigerio, cuando nuestro luto se convertirá en cítara, y las voces de los que lloran en cantos de júbilo.

3. Sin embargo, amadísimos, mientras lloramos al pastor arrebatado, nace la ocasión de lamentar al hermano perdido. Se ha cortado de nosotros un miembro, parte nuestra se ha

hecho parte de Donato, el soldado del Señor ha pasado al campamento de los filisteos, y de vaso de honor se ha convertido en vaso de deshonra. Entienden lo que digo. El infeliz Rusticano, diácono de Mutugenna, ha rechazado el Sacramento que debía a la Iglesia, y ha contaminado su orden con participación infiel. ¿Qué no hice, qué esfuerzos no empleé, para colocar en un lugar seguro a quien precipitándose al abismo amaba el peligro en el que pereció? Él fue mi primera y urgente preocupación, quien ahora es mi dolor. No quería que se me sustrajera en el mismo inicio de mi carga, a quien desde hacía mucho tiempo veía caer como un rayo del cielo (Luc. X, 18). Y aunque él mismo, por sus pecados, mereció ser abandonado por el Señor: sin embargo, lamento que no pueda decir de él a mi Señor, Aquí estoy con los hijos que me diste (Is. VIII, 18).

4. Sé que todos ustedes lo saben, y tan bien lo sé, porque sé que a muchos de ustedes les disgustaban las demoras que aquí pasaba. Cuántas veces nuestro venerable Valerio, en mi presencia, con entrañas paternas le dijo, ¿Qué haces aquí? ¿Por qué abandonas tu puesto? ¿Por qué no colaboras con tu presbítero? ¿Por qué prefieres Hipona a Mutugenna, a la que estás ligado? Y cuando respondía que no había ingresado al clero para la soledad, sino para el ministerio, que no tenía en Mutugenna con quién relacionarse; respondía el santo anciano, Estás ligado a una esposa, no busques la solución (1 Cor. VII, 27): tu Iglesia es Mutugenna, no la nuestra; a ella diste tu nombre, no a Hipona: ¿no renunciaste al mundo? ¿no a los amigos, no a la sangre? Escuchaba lo que se le decía, pero lo escuchaba mal, quien no obedecía al que hablaba. ¿Qué sucedió? Siendo considerado bastante festivo, y de índole más proclive a la escurridad, entre las frivolidades del mundo, entre banquetes y compotas diurnas, a menudo también nocturnas, finalmente desertó: se extinguió el espíritu del temor del Señor: se revuelca de lodo en lodo: alternando entre invitar a otros y ser invitado, tanto como comensal como anfitrión, cuando no podía pagar lo que había contraído, y era acosado por los acreedores, y se implicaba en errores diarios, y creaba escándalo a muchos, finalmente excomulgado por su presbítero, se transfugó a los donatistas, y no solo fue recibido por su obispo, lo cual es contrario al derecho de las Iglesias; no solo fue rebautizado, lo cual es impío: sino que también fue hecho diácono, lo cual es lo más lamentable.

5. Cuando primero recibí estas noticias, nuestro venerable anciano Valerio estaba ausente: pero mis entrañas conmovidas no soportaron la dilación. Gemí, me dolí, por él derramé mi alma ante mi Señor. Y como muchos me habían informado que Macrobio, el obispo donatista al que había acudido, era un hombre pacífico, no lejos del reino de Dios y de la concordia de los hermanos, quien si rebautizaba a algunos, lo hacía a regañadientes: decidí dirigirme a él por carta, y rogarle con las más fervientes súplicas a través de amigos, que no exhalara el Bautismo de Cristo en nuestro subdiácono, ni lo rebautizara, sabiendo que había sido bautizado y sellado en el nombre de Dios. Aceptó nuestras cartas con dificultad: pero finalmente, impulsado por las súplicas de Máximo y Teodoro, a quienes habíamos encomendado ese asunto, accedió a que se leyera y él mismo las leyera: a lo cual no respondió más que, No puedo sino recibir a los que vienen a mí, y darles la fe que soliciten. Y cuando insistieron sobre el hecho de Primiano, dijo que no era asunto de un hijo investigar al padre. Y como en las cartas que envié a Macrobio, le rogaba que respondiera para que se leyera ante nuestro pueblo; si se negaba, yo leería las nuestras, tan pronto como no hubiera soldados; hoy, hermanos, libero mi fe, no hay nadie presente que pueda causar disturbios, los conozco a todos más dispuestos a la concordia y a acoger a los extraños que a incitar, presento las cartas a Macrobio, para que nada de lo actuado quede oculto a su conciencia; sino que ante Dios y los hombres se haga manifiesto con qué sincero corazón, con qué pacífico afecto, inspirando el Señor, he tratado el asunto. Que si después nuestro hermano perece, perecerá en su conciencia, no en la nuestra. Vendrá el Señor, quien juzgará a estos y a

mí: ciertamente vendrá, para recoger el trigo, dispersar la paja. Examinará nuestras aguas, que tanto temen, y juzgará manifiestamente ante todos si las aguas que consideraron impuras, él también las considera así. Ciertamente verán a quien traspasaron (Juan XIX, 37). ¿Qué es sino rebautizar a un cristiano, traspasar nuevamente al Señor? Ha recibido el signo del Rey, ha admitido la cruz, ha sido sumergido en la muerte de Cristo: ¿qué haces, quien bautizas dos veces a tal, quien exhalas el signo del Rey, quien borras la cruz, sino hacer vana y vacía la muerte del Señor, y tener toda la dispensación de nuestra salvación como un espectáculo?

6. Nuestra agua no es ajena, es virgen y santa; en nuestra fuente desciende el Espíritu, a quienes rocía son santos: vean con qué temeridad afirman que están contaminados, a quienes saben que han sido rociados con tales aguas. ¡Oh sacrílega novedad! ¡Oh voz impía! Dios santificó las aguas al inicio del mundo por la incubación del Espíritu, de ellas surgieron tantos y tan grandes milagros, que nos instruyeron sobre la santidad de nuestras aguas, y sobre la verdad de las cuales eran sombras, y nos hicieron ciertos sobre la regeneración que obtenemos en las aguas; y las llaman ajenas, y se abstienen de ellas, y las llaman mentirosas, y les niegan toda fe. ¿Será entonces verdadera el agua de Primiano, a quien golpearon con tan inmenso anatema, a quien juzgaron culpable de tantos crímenes en su asamblea; y sin embargo, a quienes bautizó, no los bautizaron de nuevo: y las aguas de la Iglesia católica, de nuestra paloma, de la esposa inmaculada, serán infieles, impuras, mentirosas entre ellos? Dirán tal vez: Eran mentirosos quienes condenaron a Primiano inocente, y por eso sus aguas no fueron mentirosas. Pero ¿qué dirán de Feliciano y Pretextato, quienes condenaron a Primiano, y se habían separado de él en tan gran cisma? ¿Acaso a quienes bautizaron, los engendraron con una nueva y reciente inmersión a su Iglesia? De ninguna manera. Las aguas de Feliciano y Pretextato son fieles, quienes posteriormente se unieron, y conspiraron en la comunión de un pacto insano contra la Iglesia católica; ¿y las aguas nuestras serán infieles y profanas? ¡Oh pensamiento insano y perverso!

7. Añaden también, Quien es bautizado por un muerto, ¿qué es su lavacro? (Eclo. XXXIV, 30). Erran, miserables, no entendiendo las Escrituras. No decimos que el Bautismo con el que ellos bautizan, a quienes separamos como muertos de la comunión de los vivos, no sea nada; sino que no aprovecha, mientras se vive entre los muertos. Quita lo que perjudica, ya aprovecha. Lo que recibiste fuera, aprovechará cuando estés dentro. Corrige al bautizado, es suficiente: la virtud latente en la semilla, tomará incremento: se revestirá del Espíritu de Dios desde lo alto; y quien fue sepultado en Cristo por el Bautismo, aunque fuera, después de ser admitido en el seno de la Iglesia, y dejar que los muertos entierren a sus muertos, sentirá el agua fiel, no contaminada por los contagios de los herejes: y oirá la voz paterna en su corazón, He aquí mi hijo, estaba muerto, y ha revivido; estaba perdido, y ha sido hallado (Luc. XV, 24, 32): mi hijo, a quien había engendrado con las aguas parturientas, estaba muerto, porque no vivía de mi espíritu; y ha revivido, porque al rechazar la compañía de los muertos, ha regresado al lugar de la vida: estaba perdido, porque había sido arrastrado por el mismo naufragio con los impíos; ha sido hallado, porque por la tabla de salvación, esto es, la penitencia, finalmente ha sido devuelto al puerto, esto es, a la Iglesia. Para que esto suceda con ellos, hermanos, pidamos al Señor con la mayor insistencia que podamos: para que así como hay un solo Bautismo, una sola agua, una sola fe; así también haya una sola profesión de caridad, y no se escuche más entre nosotros, que la emulación de los mejores carismas.